

El aspirante



—Gracias por no darme las gracias —se dijo a sí mismo Guidobono, aun a pesar de no haber leído nunca un libro de Savelio Ursulo, en el momento en que arrancaba el pequeño boleto numerado para ser atendido. Ursulo era un autor muy conocido. A pesar de que fuera de fronteras había alcanzado un reconocimiento apabullante y versiones en diversas lenguas, en su país la meticulosa mezquindad de sus conciudadanos lo había mantenido en una especie de estado de larva de clase media intelectual, en el pabellón de los comentarios periodísticos. De todos modos, se dijo, ¿por qué debería ser celebrado en aquella república que como máximo honor había reservado la banda del Olvido para homenajear a sus hijos más ilustres? —De todos modos —continuó pensando—, debía ser reconocido en aquel país afásico, por escribir coloquialmente, es decir, quizás, con la naturalidad de una fiesta de cumpleaños.

Ahora que las ediciones Beta habían decidido publicar a decenas de autores vernáculos, él se sintió con fuerzas para intentar una vez más publicar su novela *Marita*, y quizás proponer su trilogía *Sara-Celina-Cynthia*. Por un momento tuvo dudas de encontrarse frente al reluciente mostrador de mármol de un banco o una sucursal de una empresa de tarjetas de crédito. Pero el aire descuidado y hasta desafiante de la recepcionista detrás de pilas de libros de tapas brillantes y abigarradas le devolvió a la certeza de que estaba en el lugar correcto. Comenzó a registrar la dulzona música de fondo que lo enchufaba a una especie de enredo de bolero caribeño. De pronto reparó en el afiche de una empresa de higiene que anunciaba, oh sorpresa del popurrí del nuevo mercado silvestre, que también hacían jardines y limpiaban casas abandonadas. Se acordó de la sorpresa que le produjo encontrar en la mercería de Marita (otra, no la de la novela), que junto a las cajas de hilos ofrecía productos de farmacia y hasta en unos cajones prolijos, frutas tropicales rodeadas de una nube de moscas pequeñas. —Algo está cambiando a pesar de todo —pensó. En ese momento advirtió que la recepcionista se dirigía a él, indudablemente, y que levantándose le señalaba la puerta roja en la que se leía “Dirección” con letras mayúsculas. Recogió nerviosamente el paquete de sus manuscritos y, sin ocultar la ansiedad, Roberto Guidobono abrió la puerta roja del despacho de la dirección de Editorial Beta. Un escritorio de vidrio ahumado dejaba ver las piernas peludas del director que estaba curiosamente vestido con bermudas rojas y una camiseta rosada, leyendo el block de notas con letra apretada que tenía bajo los ojos y la luz de una lámpara dicróica.

—Buenas —dijo Guidobono.

—¡Ah! Usted es Guidone, Roberto Guidone, ¿verdad?, mucho gusto, ¿querría Ud. dejarme sus manuscritos? —hablaba sin pausa y arrinconando sus intentos de respuesta—, puede hacerlo, la recepcionista le dará un comprobante, le pido que sea breve. En un plazo no mayor de un mes le daremos respuesta. Lo leerá el lector de la editorial y presentará un informe escrito. De acuerdo a la clasificación del manuscrito podríamos editarlo o no en alguna de las

seis colecciones de moda, insólito, viajes, novela erótica, novela histórica o ciencia ficción. Estamos editando cerca de quince manuscritos por mes. En un país en el que nadie lee, tenemos forzosamente que recurrir a una distribución en otros países de habla española. Por incluirlo en la lista de títulos futuros le pediríamos una suscripción a tres títulos anuales, por estar en la lista de los preseleccionados con derecho a un premio municipal o ministerial en los países asociados a la cadena y distribución de la cadena Shearway, una suscripción anual, es decir, que Ud. entra en la cadena de esta compañía como autor y luego otros lo financiarán y hasta podrán participar en la reescritura de sus manuscritos por medio de alguno de los servicios de hiperespacio multimedial Shearway. Realmente es Ud. muy afortunado de poder participar en esta promoción de autores nacionales. Además, por supuesto que Ud. tendrá acceso a los videos promocionales de la cadena y a la resolución de un viejo problema que es la trivialidad de la crítica. Tenemos un servicio mundial de crítica interactiva que está presidida en el país por el Prof Tócca de la Academia Barrosa, de modo de asegurarle críticas de no menos de quinientas palabras, no triviales y con un acervo de referencias que supera el de las generaciones del 45 de toda América del Sur. Nada más. Gracias por confiarnos su talento. Su creatividad está a salvo del olvido. Puede Ud. operar con la tarjeta magnética que le entregará Cynthia a la salida.

—Pero —quiso argüir Roberto Guidobono, aunque en realidad su intento de sonrisa forzaba la mueca de los dientes crispados. Quiso tomar el paquete nuevamente, pero con un rápido gesto el Director lo introdujo en la amplia boca de sapo del buzón cuyo cartel indicador rezaba: Glotón de Pepperland del Sistema Cultural Shearway Guidobono estaba arrasado. El tierno césped de papeles que había tapizado su escritorio durante largos años, ahora humedeciendo aquel anónimo pasaje a no se sabe dónde. Desprenderse así del paisito, era como donar las vísceras antes de morir. Sintió frío en la espalda al intentar erguirse, casi empujado por la dudosa cordialidad del hombre de las bermudas rojas.

La señorita que dijo llamarse Cynthia abrió la puerta, le pidió la cédula, anotó su dirección y datos, le entregó un recibo en papel color, un sobre con instrucciones y un reluciente portafolio transparente.

Guidobono cayó en la calle como a una piscina de espaldas, como si se hundiera en una oleada de murmullos violentos, y pensó con nostalgia en la inocencia de los que nunca lo habrían leído si no fuera por la cadena Shearway y se sintió como aquellos militantes de partidos de extrema incierta, despojado de la felicidad de ser desconocido e inédito. Con esos tristes pensamientos caminó largamente hasta olvidar quién era.